

EN PUNTO

mienzos de siglo. El escenario giratorio, los ascensores, la posibilidad de «hacer cualquier cosa», que ampararon tantos movimientos estéticos teatrales de singular importancia — pensemos, por ejemplo, en el constructivismo, en los primeros espectáculos épicos y aun en los montajes que el propio Stanislavski hacía de Maeterlinck— es y ha sido aquí una conquista que a nadie ha parecido importar. Muchos, cuando vieron los dos pisos de «La muerte de un viajante», ya [en los años cuarenta], se quedaron con la boca abierta, asombrados de «lo que daba de sí» un escenario! Todavía hay empresarios de local que, a buen seguro, se resistirían a cualquier modificación de la vieja estructura: un plano inmóvil, unas bambalinas, unos pocos focos y un telón. Es decir, todo lo que hace falta para hacer el antiguo teatro literario, al modo, por ejemplo, de Benavente.

Es seguro que el escenario del María Guerrero admite y necesita una profunda reforma. Pensemos en el problema de la luz, tan importante siempre en el teatro; al menos, en un teatro cuyo destino no es la «pobreza» grotowskiana.

Ahora bien, ¿quién sabe en España de estas cosas? A juzgar por los últimos teatros contruidos, absolutamente nadie. Nadie. Tengo ante mí el último número de la revista de la UNESCO, «Theatre dans le monde», precisamente dedicado al «lugar teatral». Aparecen impresionantes teatros [canadienses] que pertenecen a tiempos que para nosotros son absolutamente futuros. Se da cuenta de un

congreso al que han asistido representantes de muchos países, sin que entre ellos haya ninguno español. Es lógico, y la culpa no es en absoluto de tal o cual organismo oficial ni tampoco del colegio de arquitectos. La culpa es colectiva, de todos. Porque los debates sobre el «lugar teatral» son la consecuencia de una serie de exigencias sociales y artísticas que nosotros, como sociedad, aún no tenemos.

Puedo hablar de primera mano de muchos teatros alemanes. Planta única de espectadores, a fin de destruir el sentido de «diferencia» de clases y de crear una verdadera comunidad entre el público. Escenario sin la boca rectangular, a fin de destruir las asociaciones entre el teatro y un cuadro de pintura. Proximidad y armonía en la relación sala-escenario. Escenario transformable y móvil. Acceso al escenario por diversos planos. Infinidad de luces, controladas y móviles desde una cabina de mandos. Ascensores, grandes hombres para preparar las carras, giratorios, y, sobre todo, un espacio muy superior al que en los viejos teatros se dedicaba al escenario y a sus servicios.

¿Cuál es la proyección de todo esto en las obras del María Guerrero? ¿Qué autoridades internacionales en la materia han sido consultadas? En el citado congreso se habla de la necesidad de que los «hombres de teatro» estén al lado de los arquitectos especializados. Con este comentario sólo queremos llamar la atención de «quien corresponda» para animarle a que no dejen de darse los pasos necesarios. ■ J. M.

QUI ETES-VOUS, MR. KLEIN?

Un americano lúcido,
un cineasta «pop» francés

«Mr. Freedom» constituye, en estos momentos, la gran atracción cinematográfica de París. Coincidiendo con el estreno mundial de su última película, se ha celebrado en Madrid el del primer largometraje de William Klein. Entre ambos hay que situar su colaboración, espléndida, en «Loin du Vietnam». Y, en el origen de todo, «Cassius le grand» y una serie, larga serie, de trabajos para la televisión. Pintor abstracto primero, fotógrafo después, llegó al cine a través de la televisión, después de una larga búsqueda del medio más adecuado para expresarse. Cada uno de los anteriormente utilizados le iba resultando insuficiente al cabo de algún tiempo, se le quedaba corto. Preocupado por dar una imagen del mundo actual en su aspecto más insólito y, al mismo tiempo, más representativo, el movimiento y el sonido le eran precisos.

«Cassius le grand» es un gran reportaje sobre el ex campeón de pesos pesados, iniciado cuando aún su personalidad no estaba definida y continuado, en distintas épocas y a través del mundo, a medida que aquella se iba perfilando. Evidentemente, la experiencia televisiva fue de gran utilidad a William Klein para este su primer trabajo cinematográfico. Luego, en «Polly Magoo», la televisión sigue jugando un papel preponderante, y es a través de las andanzas de un realizador de la pequeña pantalla en torno a la personalidad de una modelo como Klein lleva a cabo no sólo una

crítica de la propia televisión y del mundo de la moda, sino una reflexión sobre el mundo actual y sobre los medios de alienación e incitación al consumo que le caracterizan. Utilizando una estética a medio camino entre el «cinéma-vérité» y el más desenfrenado «pop» se ponen en tela de juicio toda una serie de elementos constitutivos de la sociedad francesa, y no sólo en lo que se refiere a los medios directamente «atacados», sino también, y como de pasada, a otros como la familia de la pequeña burguesía, con su racismo latente, la prensa del corazón y sus mitos, etcétera. Como quien no quiere la cosa, sin perder nunca el humor, Klein lleva a puerto su film sin un fallo, sin que deje en ningún momento de estar sembrado de ideas brillantes, lo que no supone, en absoluto, que a pesar de que el mundo que retrata es el de la frivolidad, su film sea frívolo por ello. Una serie de «private jokes», desde el llamar al creador de la moda metafísica con el nombre de los fabulosos «Cantos de Maldoror» hasta hacer aparecer, en papeles episódicos, a figuras conocidas del mundillo intelectual parisino, como nuestro compatriota Arrabal o el dibujante Topor, no obstaculiza en absoluto la comprensión del film, aunque quizá tampoco le añade nada esencial.

En otro terreno, desde distinta perspectiva, Klein es uno de los autores del film colectivo «Loin du Vietnam», donde le correspondió encargarse de las escenas rodadas en Norteamérica durante manifestaciones pro y anti guerra del Vietnam, para cuya



filmación utilizó grandes angulares, que al deformar los rostros daban a las imágenes un aire caricaturesco que reforzaba su expresividad. «Mr. Freedom», su último film, es como el resultado de la superposición de los dos anteriores. Utilizando un esquema de «comic», que ya se apunta en diversas ocasiones en «Polly Magoo», construye una sátira política violentamente antiamericana: un «supermán» de guardarropía llega a un país europeo decidido a «tronzar la «libertad americana» al precio que sea. Se entrevista con «French Supermán», «Supermujic», «Red Chinaman», personajes todos contruidos con elementos plásticos. Viene a «salvar la civilización», a imponer sus convicciones. El film, realizado en su casi totalidad antes de los acontecimientos de mayo, se terminó justo entonces, y Klein utiliza en él fragmentos de reportaje tomados en aquellos días, lo que le da una dimensión suplementaria y una actualidad candente, que fue motivo de que, en el «contestado» festival de Avignon, la película fuera acogida con igual pasión que la representación por el Living Theatre

de «Paradise Now». Quizá el film, que comienza en un tono brillante, no logre el equilibrio necesario, y la última media hora baja de tono, se hace excesivamente didáctica, no alcanza la altura imaginativa de los dos primeros tercios. Con todo, y aunque quede por debajo, en cuanto a redondez, de «Polly Magoo», «Mr. Freedom», realizado en color —casi podría decirse que en tricolor, ya que el rojo, el azul y el blanco son los tonos dominantes y casi exclusivos—, da la medida de su autor y de sus posibilidades y eventuales limitaciones. William Klein es, en estos momentos, uno de los nombres más significativos del joven cine francés, bajo cuya aparente confusión se oculta una capacidad de análisis y una lucidez poco habituales, exteriorizadas a través de fórmulas si no enteramente nuevas, sí lo suficientemente inhabituales como para poder considerarse tales. Si «Qui êtes-vous, Polly Magoo?» no llega a dar una respuesta definitiva y de una pieza a la pregunta formulada por el título, William Klein sí va esclareciendo su personalidad a través de sus films. ■ C. S. F.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, R. López Goicochea, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontela. FOTOS: Europa Press, Gifra y Archivo.